

Letras sofocadas

Yackelitt Trilce Calluco Miranda

Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú

Escuela de Historia

8° Ciclo

Trilce_Calluco@hotmail.com

La historia no llegó de manera significativa a su vida. De pequeña, cosa insulsa le había parecido el conocer los principales eventos de la historia de su país, y memorizar con esfuerzo los nombres de héroes nacionales con los que decoraban las fachadas de los colegios de tipo popular.

Razones extrañas habían hecho que acabara estudiando Historia en la universidad, quizá, porque como muchas cosas en su vida, elegía las decisiones sobre el futuro con base en las opiniones de los demás. Más valía tener su aprobación que aventurarse a fracasar por seguir alguna ilusión pasajera. Era tal vez una forma bastante cobarde (y muy femenina en su entorno) de protegerse de la desilusión.

Le costó, pero terminó por adaptarse a una carrera que lejos de ayudarla a expandir los horizontes cerrados de una percepción del mundo bastante idealista, le retrató el mundo como necio, cargado de anhelos malintencionadas en su mayoría, y con un sesgo generacional que nadie, ni siquiera el más compasivo historiador, podía superar. La teoría aplicada a entender e interpretar cada pasaje humano del mundo la mareaba y, más de una vez, evitó alzar su mano en las aulas de clases y preguntar estúpidamente cuál era el afán de teorizar el sentimiento humano para ideas pretenciosas de tipos que, con un gesto severo, dictaban y leían con voz cansina conferencias, con asistentes que disimulaban bostezos con severos asentimientos de cabeza y ligeros “así es”.

En su estupor, se halló rodeada de entusiastas jóvenes que iban de aquí para allá con la emoción de aprender más y ocupar el lugar del conferencista más viejo lo antes posible. Pero sin importar lo atractiva que fuera la idea de trepar escalones intelectuales, no podía siquiera imaginarse fingiendo aburrimiento y cierta severidad para ganar el respeto y rabiosa admiración de la crítica, pero le gustaba observar y meditar con recelo los años que pasaría allí, así como el aprendizaje que podría recoger sin ser absorbida por la vanidad de volverse uno de esos especímenes. Porque siendo completamente sinceros,



no tenía el perfil para ello, las críticas la hacían llorar y temblar, tanto, que apenas podía exponer sin que sus dedos temblaran y sus palabras (organizadas en su mente) se enredaran en su lengua y perdieran el sentido.

No había debilidad en su alma, podías verlo en su mirada fija e inquebrantable y en la forma en la que podía llenar una hoja entera con ideas originales que no habían salido de ningún libro. Y cómo sus ojos vagaban en el vacío del aula cuando usando la improvisación, ideas escapaban de sus labios para pocos interlocutores, aquellos en los que confiaba para depositar sueños cada vez más efímeros e impersonales.

En la carrera no halló mayor comodidad, ni aquellos comprensivos compañeros ni con los docentes cautivadores que sobresalían por encima de egos con títulos colgados en una oficina. Era difícil estar a gusto y, en ocasiones, solo sentía que hacía lo que hacía porque no había opción. Estudiar todos esos eventos era sencillo, y si ponía el mínimo empeño, era capaz de sobresalir y lograr que otros entendieran que era capaz de cosas grandes si solo cedía a la idea de que había una única forma de sobresalir en una carrera tan particular como esa; tan masculina a veces, que terminaban cualquier evento con mujeres repartiendo la merienda y aquellos gusanos intelectualoides monopolizando la atención del más pedante orador.

Pero ella, la aspirante a historiadora, leía libros que otros consideraban literatura incompatible con la historia. Narraciones con más sentimiento del que se puede rescatar cierta objetividad. Y es que sus amistades detestaban tanto la subjetividad, que ella se había resignado a revisar sus lecturas “prohibidas” en locaciones “secretas” de la universidad, siempre sola, aun cuando creía que sus compañeras más inclinadas a las emociones podían entender sus aspiraciones; estas, estaban cegadas por sus propias intenciones de escalar a toda costa barreras que jamás habrían sido pensadas para ellas.

Era, esta barrera de lo subjetivo la que la cautivaba y se expandía lo suficiente para que ella aspirara con una vida intelectual ajena a lo ideal de una buena historiadora.

Sólo halló la paz cuando aquella primera vez en la que tuvo un antiquísimo documento en sus palmas; última voluntad de una mujer a la que no habría podido conocer si no hubiera estudiado aquella carrera tan infeliz. Aquellos legajos pasaron uno a uno por sus dedos, y los leyó como si ella misma, y no un impersonal escribano los hubiera redactado. Su ansia de acercarse al verdadero sentir humano la hizo buscar



diarios, juicios, peticiones de matrimonio, expedientes matrimoniales, súplicas de divorcio.

En aquellas palabras tan difíciles, halló sentimientos siempre inscritos a los bordes de la página amarillenta, donde la letra y el tiempo maquinaban para imposibilitar el entendimiento. Encontró sentimientos tan parecidos entre india, negra y española; entre la mística religiosa blanca que escribía diarios y la mística negra que hallaba el éxtasis divino, aunque no supiera leer. Halló la verdadera motivación al leer y sentirse tan poco ajena de las isletas de mujeres que, sin saberlo, facilitaban el futuro entendimiento de la femineidad de entonces a través de esa necesidad tan rara de dejar todo por escrito.

También halló consuelo en leer pequeños testimonios y entrevistas a mujeres a los que algunos profesores decían, con sonrisitas condescendientes, “habían cambiado la historia”. Le fascinaba leer las pulcras transcripciones de mujeres que, sabiéndose tocadas pronto por la muerte, hacían que la entrevista en cuestión capturara todas las penurias que la Historia no iba a incluir jamás. En esas entrevistas, inéditas o simplemente triviales “para muchos”, parecían entregar todo el cargamento de frustración de haber luchado por una vida que no consiguieron. Palabras de poetas exiliadas, de educadoras autodidactas, o esa primera feminista peruana que, pretendida por muchos, halló verdadero activismo en defender su soltería como bandera radical.

Los testimonios por lo general no narraban luchas sufragistas o las anécdotas de cómo presenciaron las primeras veces que una mujer pudo pisar una universidad sin pedir permiso al Presidente. Ellas entregaban lo único que no habían entregado a la Historia; sus sufrimientos, esos que las fotos y sus pupilas brillantes jamás se hubieran atrevido a revelar.

El alma de la mujer sin voz ni figura clara era incluso más fascinante, en esas entrevistas que trataban de ilustrar las migraciones, o de reconstruir años de silenciosa, pero metódica violencia. Esas palabras eran las que ella usaba como aliento para escribir y usar como pegamento para reconstruir una realidad mucho más grande, más allá de vacías reivindicaciones que personas usaban para validar trabajos que servían para ganar aplausos en salas llenas.

Era la necesidad de encontrar apoyo en las voces de mujeres vivas a través de sus testimonios. Y el compromiso de poner esos sentimientos tan odiados por los teóricos dentro de un relato histórico nada pretencioso y quizá más personalizado que una



biografía. Una joven aspirante a historiadora que invadió cada archivo que existía en búsqueda de las palabras perdidas; esas voces que no se apropiaban de un lugar digno en libros, artículos o conferencias leídas, porque incluso aquellas vías las encadenaban dentro de categorías que las volvían más pequeñas de lo que eran, y otra vez eran capturadas como bellas, exóticas, silenciosas, abnegadas y ausentes, siempre ausentes.

Quizá aquella era la razón por la que figuras históricas como Herodoto, Michelet y Ranke jamás le habían parecido ajenas, y es que había un amor tan extraño en el uso de “la voz de los muertos” por el que abogaban, que ella no podía hacer otra cosa que encargarse de recoger voces femeninas y darles tanta forma como le fuera posible, ubicándolas dentro del espacio público en el que no habían podido estar antes.

Sin embargo, la premura de sus trabajos siempre iniciaba con letras vacilantes, párrafos caóticos; donde cada una de las voces quería superponerse a la otra. Era agotador... Y entonces, sin que la joven aspirante a historiadora terminara de entenderlo, el caos terminaba, las voces parecían entender con un acostumbrado y sosegado estoicismo, que la única forma de que sus voces fueran leídas era abogar por la parsimonia de una escritura lenta, individual por momentos, para que al final, cualquier palabra o reivindicación hecho tímidamente, terminara por incluir a todas. Las convertía, irónicamente, en esa totalidad que ningún erudito podía reconocer anhelar sin sonrojarse. Finalmente, eran una. Y aquel logro terminaba con una sonrisa y una idea que quizá llenaría un auditorio.